

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR



30
CPS.

EDDIE QUILLAN
SALLY STARRY
FRANCES UPTON

EDICIONES BISTAGNE

**EL HIJO
ADOPTIVO**

**La Novela Cinematográfica
del Hogar**

Publicación semanal de películas selectas

DIRECTOR:
Año III Francisco-Mario Bistagne Núm. 107

EL HIJO ADOPTIVO

Deliciosa comedia, interpretada por
EDDIE QUILLAN, SALLY STARR, FRANCES
UPTON, GEORGE DURYEA, etc.

•
Producción sonora **P. D. C.**

Dirigida por RUSSELL MACK

Distribuida por

CINNAMOND FILM

Balmes, 51

BARCELONA

POSTAL-REGALO: LOIS WILSON

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

EL HIJO ADOPTIVO

Argumento de la película

Willie Musher era un dependiente de un bazar. Se pasaba el día entero en la tienda, trabajando de una manera incansable a cambio de un jornal poco remunerador.

Rosa, una compañera suya, se hallaba enamorada de él. Pero a Willie no le interesaba esta muchacha, en la que sólo veía una muñeca frívola e inútil.

Y a pesar de las amabilidades de ella, no se dejaba convencer, y mantenía su bandera de soltero.

Un día, Rosa, mientras cariñosamente le arreglaba el lazo de la corbata, le rogó la invitar al baile que daban aquel sábado en el Cen-

tro de Dependientes. Pero Willie no quiso acceder, alegando que tenía otros compromisos. Separóse bruscamente de su amiga, para ir a cambiar de sitio unos maniquíes del aparador, lo que motivó que otro dependiente le censurara, con dureza;



... le rogó la invitara al baile...

—No toques esos maniquíes... El encargado de los escaparates soy yo... ¡Tú, a aprender!

Iba a contestarle, cuando un ordenanza le advirtió que el director de los almacenes quería verle en seguida.

—Qué habría ocurrido? ¿Alguna nueva queja?... Willie marchó tranquilamente a la ofi-

cina del director, y oyó que éste le decía en voz muy enérgica a una señora:

—Es la primera queja que recibo, pero le aseguro que haré un escarmiento.

Entró Willie, y su principal le miró, disgustado.

—Usted vendió un juego de tazas a la señora, ¿verdad? Pues bien, lo acondicionó tan mal que cuando la señora llegó a su casa, todas las tazas estaban rotas.

—¡Oh, qué lástima!... ¡Y se quedarían ustedes sin tomar café?

—¡No se disculpe!... ¡Queda usted despedido! ¡Pase por caja y lárguese!... ¡Esto le servirá de lección!

Willie no contestó, y volvió a su sección, sin hacer caso alguno de la orden del dueño.

Aquél era día de quejas. Poco después recibía el principal la visita de un matrimonio.

La mujer dando muestras de gran indignación, le enseñó una maleta.

—Ayer mi marido compró esta maleta, y dijo que se la enviaran al hotel. Y cuando yo la abrí, ¡mire lo que encontré dentro de ella!

Y mostró una fina combinación de mujer.

—¡Pero, Manuela! —protestó el marido—. Esto ha sido de seguro una equivocación. Yo sólo compré la maleta... Por error debían poner en ella esa camisita pantalón.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Tú me estás engañando! ¡Tú tienes una amiga... y habré de creerlo si no se me prueba lo contrario!

—Llamaré al dependiente —dijo el dueño—.

Acaso él, por error, haya puesto ahí la camisita.

Willie no tardó en presentarse.

—¿Puso usted esta combinación en la maleta? ¿Compró esta prenda el señor?

Iba a contestar el dependiente de una manera afirmativa, ya que así era la verdad, pero el cliente le guiñó un ojo, como rogándole le sacase de aquel apuro. Y Willie, ni corto ni perezoso, comprendiendo que era preciso salvar a un marido infiel, indicó:

—Un descuido lo tiene cualquiera... Ahora me doy cuenta de que la camisita pertenecía a otra señora... El señor no compró nada más que la maleta...

—¡No se disculpe!... ¡Queda usted despedido! ¡Pase por caja y lárguese!... ¡Esto le servirá de lección!

—¡Está bien, señor!

Marchó compungido, y al hallarse en el corredor, oyó que le llamaban, y se vió ante el marido de la indignada señora que le estrechaba la mano con efusión.

—¡Me ha sacado usted de un gran compromiso!... Sólo siento las consecuencias. Pero tome este dinero como indemnización... Y además ya veré de conseguírle otro empleo.

—Otra colocación? ¿Y por qué?

—Pero, ¿no le han despedido?

—¡Oh, no! Es un truco del viejo... Tantas quejas como vengan, tantas veces que me despidan... ¡Y todos contentos!

—¡No está mal! Pero quédese con este bi-

llete de diez dólares... De todos modos me ha hecho un gran favor.

Willie volvió sonriente a su mostrador con los dólares en la mano, y Rosa le dijo burlona:

—¿De dónde has sacado ese dinero?

—Eso a ti no te importa.

—Seguro que irás a gastarlo con otras muchachas.

—Los voy a ingresar en mi caja de ahorros.



... entre las risas y las burlas de Rosa...

Rosa hizo burla de él, despechada por su fracaso amoroso. Llegó una señora con un niño en brazos y lo dió a guardar a Willie, rogándole que lo sostuviera mientras ella efectuaba una

compra. Y el dependiente tuvo que cargarse con el paquetito entre las risas y las burlas de Rosa, que le hacía guiños burlescos.

A mediodía marchó del almacén para dirigirse a comer. Pero antes quiso pasar por el Banco para depositar allí los diez dólares que le habían regalado.

Llevaba este billete en la mano, contemplándolo amorosamente porque era el único que no le había causado sudor.

De pronto se detuvo complacido ante un coche que se hallaba parado muy cerca del Banco. Sentados en su capota había una lindísima muchacha vestida de enfermera y un niño de corta edad.

Una señora, de pie, junto al coche, pedía fondos a los transeúntes para que contribuyesen al sostenimiento de un asilo de huérfanos.

Willie miró risueño a la joven del carruaje, que tenía el rostro más lindo y expresivo que él había visto jamás... Ella le sonrió, mientras le decía dulcemente:

—¡Anímese usted! Con diez dólares semanales se mantiene un niño.

Iba Willie a contestar una galantería, cuando la otra señora que hacía propaganda de la institución, se acercó a él y al verle con un bi-

llete de diez dólares en la mano, dijo creyéndole que iba a efectuar un donativo:

—¡He aquí un joven ejemplar!... ¡Una sonrisa en los labios y diez dólares en la mano!... ¡Lo suficiente para una semana!

Y sin dar tiempo a Willie para responder, le extendió un recibo, a tiempo que le decía:

—¿Quiere usted firmar?... Esto le autoriza a visitar el asilo cuando guste.

Y al propio tiempo le quitó suavemente el billete. Willie fué a protestar, a decir que él no tenía intención alguna de efectuar donativo tan importante, pero la sonrisa de la enfermera que iba en el coche, la mirada tan dulce y afectuosa de ella, le conmovieron, y sin darse cuenta de lo que hacía, firmó un papel y se guardó maquinalmente en el bolsillo la copia del mismo, que la dama le entregaba.

—¡Gracias por su suscripción, amigo mío!... Algun niño le deberá siempre gratitud—le dijo la linda enfermera.

Todó había sido tan súbito, tan inesperado, que ante el temor al ridículo de una negativa, Willie no quiso confesar que no tenía la menor intención de suscribirse, y dijo a la muchacha, deslumbrado por la belleza pura y delicada de ella:

—Mañana iré a visitar el asilo... ¿Estará usted allí?

—Allí estoy siempre. Mi nombre es Robbin. Mary Robbin.

—El mío Musher. Willie Musher.

—Espero que nos volveremos a ver.

—Lo estoy deseando con toda mi alma, señorita.

Partió el coche y Willie se dirigió apresuradamente a comer con el alma aún radiante por



—Mañana iré a visitar el asilo.

el encuentro con aquella enfermera que causaba a su corazón una impresión hasta entonces desconocida.

Pero luego comenzó a reflexionar acerca de la precipitación con que había firmado aquel documento, atraído por la sonrisa grata de Mary. Lo leyó y estuvo a punto de desmayarse. Decía así la copia:

Asilo de Huérfanos de Bellevue.

El abajo firmado se compromete a entregar semanalmente la cantidad de diez dólares, habiendo realizado hoy su primera entrega.

Willie Musher.

Comprendió entonces la importancia de lo que acababa de hacer, la imprudente ligereza con que había actuado... Estaba nervioso, disgustadísimo, preguntándose cómo iba a salir del compromiso que había adquirido ante una sonrisa de mujer.

Inquieto, llegó antes que nadie a la tienda, y sin saber qué hacer, deseoso de distraerse, empezó a arreglar los maniquíes, mientras en voz alta se comunicaba sus pensamientos.

—¡En qué lío me he metido yo!... ¡Esto no puede ser!... ¡No puede ser!

Rosa, un poco después, le sorprendió hablando a aquellas figuras de cartón y cera.

—¿Así estamos ya? ¿Hablando a los maniquíes?

—¡No me importunes!

—¡Qué genio, chico!... Desde que te relacionas con otras mujeres, ¡estás imposible!

—¡Nada de eso!... Es que estoy en un gran compromiso. Mañana tengo que ir al asilo por un niño y...

—¿Quién te mete a ti en líos de niños?

—Te explicaré... Iba hoy al banco y encontré a una muchacha...

—¿Y ya tienes un niño?

—¡Escúchame! ¡No te precipites!...

Y le contó sucintamente lo que había ocurrido.

—Y yo no puedo sostener este niño porque no gano más que veinte dólares a la semana...

—Diles que no puedes... Que pensaste que el donativo era sólo por una vez.

—¡Qué ideas! ¡Eres un genio!... ¿Te parece bien caer en ridículo?

Se oyeron los pasos del principal, y Rosa, atemorizada, pues tenían prohibido ir a la sección de escaparates y estar de palique con los demás empleados, se mantuvo inmóvil en medio de la sala, como si fuera otro maniquí.

El dueño, distraído, se sentó ante una mesa y comenzó a examinar las ventas del día, mientras decía a Willie, que simulaba estar arreglando el maniquí:

—No me gusta ese maniquí vestido... ¡Desnúdalo en seguida!

Willie no se hizo repetir la orden, y a pesar de la protesta angustiosa de Rosa, la dejó en fina ropa interior, y acaso hubiera quitado algo más de no haberle llamado la atención el principal, bien ajeno a aquella superchería, para que le aclarase una duda de las cuentas.

Rosa se marchó lentamente, volviendo a vestirse, indignada por la humillación que había tenido que soportar.

No ocurrió ningún nuevo incidente aquella tarde a no ser dos o tres quejas de clientes irascibles, solucionadas por el principal con el consabido truquito de despedir al dependiente.

A las ocho cerraron el bazar, y Rosa, olvi-

dando los disgustos que tenía con Willie, le propuso de nuevo ir al baile. Pero él se negó, asegurando que quería dormir bien, a fin de tener al día siguiente la cabeza despejada para solucionar el conflicto del asilo.

* * *

A la otra mañana, Willie se vistió con su mejor traje, y se dirigió al asilo de huérfanos, con el propósito de renunciar, con cualquier excusa, al donativo a que se había comprometido imprudentemente.

Pero la presencia de Mary, la amabilidad con que le trataba todo el mundo, la exquisita corrección con que hablaban de lo agradable que es hacer el bien los que, como el "señor Willie Musher" eran favorecidos por la fortuna, dieron al traste con todos sus propósitos, y no se atrevió a confesar que no era más que un pobre diablo que apenas tenía para vivir...

Y por encima de todo, lo que le obligó a guardar mayor silencio, fué la belleza de Mary, la simpatía de esa enfermera, angel blanco de caridad, como sólo parece existir en las novelas. Ella le contemplaba tiernamente y Willie se sentía saturado de una felicidad misteriosa.

Recorrieron juntos las distintas salas del orfanato, llenas de niños que reían y lloraban.

—¡Qué barbaridad!—exclamaba el joven—. ¿De dónde sale tanto niño?

—Esa pregunta es difícil de contestar—le respondió la directora del establecimiento.

Sonriente, iba Willie de un lado a otro, acariciando a aquellos niños, que le enternecían, pues siempre había sido sentimental.

—¡Es admirable lo que hace usted por los niños!—le dijo Mary, viendo como para todos tenía una palabra cariñosa—. ¿Hace mucho que se interesa por ellos?

—Desde chico... También yo soy huérfano... pero nunca tuve una “nurse” como usted.

—Mejor.

—¡Oh, parece usted un héroe de novela!—le dijo la directora, una solterona romántica—. Emplear la fortuna en hacer el bien es la mayor de las riquezas... ¿Cuándo reunió usted sus primeros mil dólares?

— Nunca me he acordado de ello.

Y cada vez más nervioso, seguía besando y acariciando a los pequeñuelos. Entró entonces en la sala un matrimonio que pretendía adoptar a uno de los niños. Después de mucho buscar, parecieron haberse enamorado de un chiquillo rubio y precioso, una verdadera monada.

—Nos quedaremos ese...

—Nada sabemos de sus padres—dijo la directora—. Lo dejaron en el torno el día primero de abril.

—¡Qué precioso es! Pero, ¡caramba! ¡Tiene una manchita en la espalda!... Eso me desagrada. Mire, prefiero otro... ¿Puede enseñarnos otra cosa?

Y la ridícula mujer volvió a dejar al niño en

su cuna y continuó con la directora su ronda para encontrar a otro chiquillo, al que adoptar.

El nene rechazado se puso a llorar, como si se hubiera sentido ofendido por el desplante de la dama.

Willie intentó consolarle.

—¡Vamos, no te aflijas, chiquillo!... Yo también estoy marcado.

—¿Es precioso este niño, verdad?—dijo Mary—. Yo le tengo una especial simpatía. Sentía que se lo llevasen... Oiga, señor Willie, ¿verdad que sería admirable si usted adoptara al pequeño Oscar?

—¿Adoptarle?

—¡Mire!, esos diez dólares que da semanalmente serán para el sostenimiento de él, ¿verdad?

—Sí... sí... Como usted quiera... Todo lo que usted haga está bien hecho.

No quería reconocer su pobreza, su engaño ante aquella linda mujer que cada vez le miraba con mayor simpatía. Ignoraba cómo iba a salir de aquel atolladero, de aquella situación enredada. El, pobre muchacho, haciendo las funciones de rico y teniendo que dar diez dólares a la semana. Indiscutiblemente, su fin iba a ser el suicidio.

Y abandonó el asilo, prometiendo volver al domingo siguiente y traer los otros diez dólares...

—No faltará usted, ¿verdad?

—¿Cómo suponerlo, siquiera? Sólo podría faltar si usted se marchara.

—¿Yo? ¡Soy tan poca cosa! Eso usted, con

sus grandes negocios que no deben dejarle tiempo apena.

—Sí, es verdad. Mis grandes negocios... Son verdaderamente extraordinarios, me dan un quehacer... una preocupación enormes. Pero no faltaré el domingo.

Besó cariñosamente la mano de la muchacha a la que empezaba a amar de una manera irresistible, y se preguntó, otra vez, cómo iba a acabar tan singular aventura. Había que buscar una solución...

Aquella tarde un coche pasó ante el asilo de huérfanos y sus ocupantes, un hombre y una mujer de aspecto algo sospechoso, preguntaron al chofer si sabía que edificio era aquél.

—Es un asilo de huérfanos.

—¡Ah! ¡Si pudiera conocer el secreto de alguno de esos niños!—comentó la mujer.

—Sería muy interesante—prosiguió el chofer—. Yo mismo traje aquí uno la noche del primero de abril... Lo tenía una señora en brazos... Por cierto que cuando ella bajó del coche olvidó un anillo de alianza, que yo me apresuré a entregarle... Un anillo de oro muy bonito... con unas iniciales...

—¿Las recuerda usted?

—Sí, decían: H. V. a V. H.

La mujer y su acompañante guardaron silencio y luego comentaron en voz baja lo interesante que sería averiguar quién era aquel niño. Pero eso era imposible... Ellos eran gente poco escrupulosa, cultivadoras del “chantage”, y no desaprovechaban ocasión para pedir dinero a

cambio de no pregonar hechos que los interesados querían que quedasen ocultos... Si hubieran podido saber a quién pertenecían aquellas iniciales, tendrían a no dudar algún nuevo negocio en puerta. Pero este caso era muy difícil, y no había para qué pensarlo más.

* * *

Habían pasado dos meses. Todos los domingos Willie iba al asilo de huérfanos a entregar los diez dólares, a ver al pequeño Oscar y a charlar un rato con Mary, de la que estaba enamoradísimo.

Había solucionado, en parte, el problema del nuevo y extraordinario gasto que había caído sobre él. Todas las noches, desde las nueve a las tres de la madrugada, trabajaba como camarero en un hotel restorán... Al día siguiente se caía de sueño, pero se esforzaba por sostener esta situación. Y Mary seguía creyéndole un millonario.

Cierta noche, Jim, el hombre que se dedicaba al “chantage”, se hallaba en el restorán, en compañía de unos amigos. Estos señalaron de pronto otra mesa en la que se hallaban varias damas y caballeros.

—Aquel es Harvey Vanderman, el hijo del banquero... y aquélla, Elena, su actual prometida... Se casan el próximo mes.

—Muy guapa es ella!

Tiene suerte el muchacho... Y la pobre de-

be vivir en Babia. Seguramente su novio no le dijo nada de su primera esposa.

—¿Estaba casado?

—Sí, de ese primero matrimonio no habló la prensa, pero su primera esposa, Violeta Harris, me lo contó... Estaban casados... se fugaron, eran menores de edad... y el padre de él anuló el matrimonio... Creo, además, que hay un chiquillo por en medio... De modo que la pobre Elena hace un casamiento brillante.

Jim, el sujeto que sólo vivía de negocios inconfesables, recordó inmediatamente lo que le había contado un chofer dos meses antes, frente a un asilo de huérfanos. Las iniciales del anillo H. V. a V. H. ¿no correspondían acaso a las de los nombres de Harvey Vanderman y Violeta Harris?

Era seguro; los mismos... He aquí una magnífica ocasión para intervenir él y exigir una cantidad, so pena de un terrible escándalo... Y continuó prestando atención a todo cuanto a aquel asunto se refería.

Willie iba de un lado a otro, sirviendo con lentitud y casi cayéndose de sueño... Aquello no podía durar mucho tiempo... Su salud iba a peligrar... Pero el amor que sentía por Mary parecía darle nuevos e insospechados ánimos para aquel doble trabajo intensivo.

En la tienda, Rosa había casi roto definitivamente con él, ante la certidumbre de que Willie tenía otro amor... y acaso de los malos.. ¡Sólo había que ver la carita cada día más pálida del dependiente!

Todos los domingos, Willie iba a ver a su amiga la enfermera a la que ofrecía hermosos ramos de flores. No se había atrevido aún a declararle su cariño, pero sus ojos y sus suspiros hablaban bien elocuentemente.

—¡Parece algo cansado! —le dijo Mary un día—. Alguna fiesta nocturna, ¿eh?

—Tengo algunos negocios en un Club de noche... y he de ir allí.

—Si está cansado, ¿por qué no va a acostarse?

—Prefiero venir aquí a ver a mi niño adoptivo... y a usted.

—¡Gracias!

—Nadie le ha dicho que es usted muy linda?

—Nadie!

—Entonces se lo diré yo... ¡Es usted encantadora!

Y las horas que pasaba a su lado eran una dulce compensación al amargor ingrato del resto del día y de la noche.

En tanto, el chantagista Jim no perdía el tiempo. Había enviado un anónimo al banquero Vanderman, comunicándole que del primer matrimonio de su hijo existía un niño que estaba internado en un asilo de huérfanos.

Padre e hijo comentaron, profundamente doloridos, aquel descubrimiento.

—Te aseguro que lo del niño era desconocido para mí... No he vuelto nunca más a ver a Violeta, papá.

—De todos modos, hay que saberlo con certeza.

—Yo se lo confesaré todo a mí actual prometida... No puedo ocultárselo más, papá. Sería un remordimiento de conciencia... Si ella me quiere, prescindirá de ese pasado mío.

El banquero acabó por dar la razón a su hijo, y luego telefoneó al asilo de huérfanos preguntando si había allí un niño ingresado el día primero de abril.

—Sí, señor. Un niño... El número 517... Ingresó el día que usted dice—contestó la directora.

—Quisiera verlo el próximo domingo... Guarde la mayor discreción.

—Descuide usted.

Comprobada, pues, en parte la noticia del anónimo, el hijo del banquero, buen muchacho, que si había accedido a separarse de su primera mujer, había sido por haberse convencido de que ella no era muy digna de su cariño, puso en conocimiento de su prometida la existencia de aquella criatura... Y la prometida, verdadero ángel de bondad, aseguró que se quedaría con el niño, y lo adoptaría también como hijo suyo, pues de Harvey no le interesaba el pasado, sino su presente y su porvenir.

El chantagista había, pues, fracasado en sus propósitos. No percibiría un céntimo de aquel descubrimiento.

Al otro domingo, la directora del asilo dijo a Willie, viendo a éste juguetear con el pequeño Oscar y con la enfermera:

—¿Puedo interrumpirles un momento... acerca del niño?

—¡Mande usted!

—Solamente quiero saber si va usted a adoptar legalmente al pequeño.

—No había aún pensado en eso—murmuró, Willie, desconcertado.

—Es que un señor rico se interesa por este niño, y quiere adoptarlo.

—¡Pero no pueden quitárnoslo así!—lamentó Mary.

—Usted, señor Willie, tendrá siempre preferencia por su ayuda, pero yo debo mirar por su conveniencia.

—Pero...

—Piénselo bien... Ya sé que usted desea su bien solamente...

Marchó la directora. Willie anduvo preocupado todo el resto del día... Acariciaba al pequeño, al que tenía en brazos.

—¿Vas a permitir que se nos lo lleven?—le preguntó Mary.

—Pero, ¿qué puedo hacer yo?

—Con doscientos dólares puedes adoptarlo legalmente.

—¡Doscientos dólares!

—¡Para ti, eso no significa nada!

El joven cerró los ojos, atolondrado. ¡Si ella supiera! Pero vió junto a él aquellos ojos dulces y prometedores de su amiga, y capaz de todo por no disgustarla, y por conseguir su cariño, le dijo:

—Lo haré con una condición... ¡Que tú lo cudes!

—¡Sí... sí. ¡Qué alegría!... ¡Si tuviéramos una casita... pero... no... no!... ¿qué estoy diciendo?... Yo no puedo marcharme de aquí, ir contigo... ¿Qué diría la gente?

—Eso tiene fácil arreglo... Te adoptaré a ti también.



—Con doscientos dólares puedes adoptarlo legalmente.

—¿Cómo.

—Casándome contigo.

—Willie... ¿De veras?

—¡Te lo prometo!

Y se besaron furtivamente, mientras el pequeño reía y les acariciaba con sus manitas de marfil.

* * *

Al otro domingo, se presentó el señor Vanderman en el asilo.

La directora le hizo los honores y le presentó a Mary, que estaba cuidando del pequeño.

—El señor Vanderman que adoptará al niño Oscar.

El abuelo abrazó con emoción a aquel chiquillo de cabello de oro.

Se lo quedaría con él... Sería suyo... Harvey debía casarse y aquel niño del primer matrimonio podría ser un estorbo en su luna de miel. El abuelo se lo quedaría hasta que fuera más crecidito.

Mary, disgustada, dijo al cabo de algunos instantes de silencio:

—Pero, ¿me lo va usted a quitar?

—Parece que usted quiere al niño.

—Mucho.

—La llevaría a usted también para cuidarle, ¿quiere?

—Se lo agradezco, pero no puedo.

Y luego, mirando a la directora, continuó:

—¿Ha hablado usted al señor Willie?

—No le he visto aún, señor Vanderman, ese Willie es un joven que estuvo sosteniendo al pequeño hasta ahora.

—Y él quiere adoptar a Oscar—indicó Mary.

—¿Adoptarlo?—dijo el banquero con extrañeza—. ¿Y qué interés tiene en el niño?

—Un gran afecto.

—¿Quiso adoptarlo antes de saber que yo me interesaba por él?

—No...

—¡Ah, ya comprendo! Entonces es el sujeto que pretendió realizar el "chantage".

—Willie Musher es incapaz de nada malo, señor—protestó la joven—. Es un caballero riquísimo, honorable.

Willie se presentó momentos después. Andaba cabizbajo, pues ignoraba de dónde sacar aquellos doscientos dólares para la adopción legal del pequeño.

Avanzó hacia ellos, y Mary, resplandeciente de alegría, dijo:

—Vienes en un momento oportuno, querido Willie. Este caballero pretende adoptar a Oscar. Señor Vanderman, éste es el señor Willie Musher, que ha protegido al niño hasta la fecha.

El banquero miró con altivez a Willie, reconociendo en él a un camarero de hotel.

—¡Ah, demonio! ¿Con qué lo protegías con el dinero de mis propinas?

Willie quedó aterrado, mientras Mary preguntaba, con angustia:

—Pero, ¿qué está usted diciendo?

—Sencillamente. Que este joven trabaja como camarero en un restorán, donde yo voy a cenar con mi familia muchas noches.

—¡Eso no es verdad! Willie es un hombre de negocios.

—No nos engañemos. Hace tiempo que me sirve en el restorán.

Willie no osaba defenderse. Bajó la cabeza, y luego miró a Mary:

—No me culpes. Lo hice por...

Ella se echó a llorar.

—¿De modo que todo fué un engaño?

El señor Vanderman, prescindiendo de consideraciones, manifestó a la directora que adoptaba al niño.

Willie intentó aún quedárselo.

—Yo puedo hacerme cargo de Oscar. Trabajaré por él.

—¡No insista! —le dijo la directora—. Usted no tiene derecho alguno sobre el niño. El señor Vanderman se lo queda.

Fué inútil su protesta. Y Willie, avergonzado de que todo se hubiese descubierto, se alejó de allí, mientras murmuraba quedamente a Mary:

—¡Adiós, Mary! Sólo quiero que sepas que lo hice todo por ti... No fué por vanidad, sino por ti.

Después besó al pequeñín, del que iban a separarle para siempre. Y se alejó con profunda melancolía, mientras Mary lloraba en un rincón, sin ánimos para afrontar aquel momento doloroso.

* * *

Al día siguiente, Willie fué muy temprano a la tienda. Estaba muy afligido. Nadie había llegado aún al almacén, y con un ansia extraña de distraerse, empezó a arreglar febrilmente los es-

caparates, a pesar de que era ocupación que le tenían prohibida.

Luego llegaron los dependientes. Rosa se burló como de costumbre de él, pero Willie no le hizo caso, con la indiferencia del hombre a quien todo le da lo mismo.

El principal, viejo cascarrabias, contempló los escaparates, y luego llamó a su despacho al encargado de los mismos.

—¿Quién arregló los escaparates?—le preguntó de mal humor.

—No me culpe a mí—contestó, alarmado—. Los arregló Willie... Cuando los arreglo yo, ya se conoce...

—¡Cómo que es un desastre!

—Pero, jefe...

—¡Dile a Willie que venga!

El encargado fué a advertir al dependiente.

—¡Me alegro! ¡Así podré decirle algunas cosas!—exclamó Willie, dispuesto a reñir con media humanidad.

Entró furioso en el despacho del principal, donde éste se hallaba trabajando en unas cuentas.

—¿Qué pasa, jefe? Una nueva reprimenda, ¿eh? Pues ya no me despedirás más... ¡Me voy ahora mismo!

—¡Pero, hombre de Dios! ¿Qué es ese genio? ¡Cálmate!

—Es que...

—Yo no te despidoo... Te asciendo.

—¿Cómo dice?

—Sí. Has arreglado los escaparates que da gusto verlos... Desde hoy eres jefe de sección.

—¿Habla usted en serio?

—Naturalmente.

—Bueno... y, sobre el sueldo, ¿qué?

—Te aumentaré a cincuenta dólares semanales.

—¡Gracias! ¡Gracias!

Iba a salir, pero volvió ante la mesa.

—Dígame, ¿puede anticiparme doscientos dólares?

—¿Doscientos? ¿Para qué los necesitas?

—Para un niño.

—¿Para un niño? ¿Tuyo?

—Con doscientos dólares... será mío.

—¿Es decir que, si te presto doscientos dólares, comprarás un niño? ¡Estás chiflado!

—Entonces búquese otro empleado.

—¡Hombre, no! Te los adelantare ¡Qué diablo!

Le extendió un talón. Willie se marchó agradecidísimo, pero volvió de nuevo.

—Se me olvidaba una cosa. ¿Puedo tener la tarde libre? Quiero ir a buscar el niño.

—Vete antes de que se te ocurra otra cosa.

—¡Gracias, jefe! Todos aquí creen que es usted un viejo loro... pero yo creo que es un gavilán.

—¿Cómo dices?

Ya Willie marchaba alegramente hacia el asilo de huérfanos. Encontró a Mary, llorosa, y loco de alegría, la abrazó:

—Ya tengo el dinero, Mary, ya podremos adoptar al niño.

—Es demasiado tarde, Willie.

—¡Tarde! ¡Me gustaría saber quién me va a quitar a Oscar!

—Se lo llevó el señor Vanderman.

—¡Vayamos inmediatamente a verle!

—Pero si es inútil...

—Te prometo quedarnos con el niño. Le he puesto verdadero cariño al chiquillo, como si fuera algo mío y tuyo, Mary. Pero dime una cosa: ¿me perdonas? ¿No te avergüenzas de que yo no sea aquel millonario que creiste?

—¿Qué me importa tu dinero? Te quería a ti. Nada más.

—Pues vayamos en busca del niño... y nuestra felicidad será completa.

—¿No comprendes que ya lo tiene adoptado legalmente?

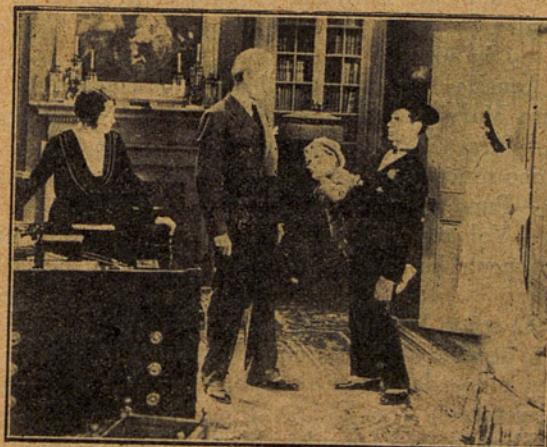
—¡Y qué me importa! Es nuestro y de nadie más. ¡Con lo que yo quiero al bueno de Oscar!

Y subiendo a un taxi se hicieron conducir rápidamente hacia la casa que habitaba el banquero.

* * *

El señor Vanderman se encontraba en su despacho con su nietecito, que no hacía más que llorar al verse ante una persona extraña. Pronto iba a venir Harvey, pero no le permitiría que se llevara al niño. Era preciso que el abuelo tuviese en su poder al nietecillo. Con verdadero

cariño abrazaba al niño, que era ya toda su vida... No quería acordarse de Violeta, la mujer frívola que ahora rondaba por el extranjero, sin acordarse de su pasado, pero sí adoraba al nieto que era sangre de su sangre.



Oscar es mío y de nadie más

En tales meditaciones se hallaba, cuando entraron en su despacho, derribando al criado que les impedía el paso, Mary y Willie.

Willie arrebató al pequeño Oscar de los brazos de su abuelo, y el chiquillín al verle le llenó de besos, y sus ojos se iluminaron de alegría.

La indignación del señor Vanderman era grandísima.

—¿Cómo se atreve? ¡Devuélvame a Oscar!

—¡No me grite!—le respondió valientemente Willie, que se hallaba junto a la puerta—. No me asustan los gritos. Oscar es mío y de nadie más.

—¡Mentira! No puede usted llevarse a Oscar. ¡Es mi nieto! Entró en el asilo el primero de abril.

—¿Su nieto?

Aquellas palabras les habían desconcertado, pero Mary, oportuna, exclamó:

—Bien. Pero, ¿cómo sabe usted que fué el único niño que ingresó ese día?

—Pues, yo no sé. Lo supongo.

—Volvamos al asilo. Vaya usted a saber si realmente hay algún otro niño entrado el mismo día.

El señor Vanderman, aunque sin creerlo posible, accedió a realizar aquella prueba, y marcharon todos de nuevo al asilo, al despacho de la directora.

Empezaron a consultar libros atrasados, de todos los niños entrados en primero de abril, y la directora hubo de confesar, al cabo de un rato:

—Pues es verdad! Hay otro niño depositado en la misma fecha.

Vanderman estaba furioso.

—¿Por qué no me lo dijo usted antes? ¿Cómo voy a saber ahora cuál es mi nieto?

—Yo había mirado antes la lista de los niños que actualmente están en el establecimiento, pero no el registro general.

—¡Eso es terrible! ¿Y dónde está ahora ese

otro niño? ¿Cuál será mi nieto? ¡Ah, me tendrá que quedar con los dos!

—¡Quédese el otro!—gritó Willie—. Oscar es nuestro!

La directora sonrió de pronto.

—Aquí, en este libro, está el registro del otro niño... Es el número 518... un niño... bien vestido... Acompañaba iniciales H. V. a V. H.

—¡Ese es!—dijo Vanderman, loco de alegría—. ¿Y qué ha sido de él?

—Adoptado en quince de octubre. Llevado a Londres por los señores Goldberg.

—Iré a Londres. ¡Es mi nieto! ¡Quédense ustedes con ese pequeñín!

Y salió precipitadamente, mientras el niño, abrazaba alegremente a los dos jóvenes, como si comprendiera que iba a vivir con ellos.

—¿Lo adoptamos, Willie?—preguntó la enfermera.

—Lo adoptamos... y te adopto a ti... Y mañana vamos a casarnos... Soy jefe de sección de unos importantes almacenes. Gano mucho dinero. Puedo darte una vida feliz.

—¡Eres adorable!

—Tenemos un buen comienzo con Oscar, ¿no te parece? Si nuestros hijitos son tan bonitos como él, ¡qué alegría tan grande!

Ella sonrió y, apretándose contra su pecho, le dijo:

—¡No te precipites, ambicioso!...

FIN

Gran éxito en las selectas **Ediciones Especiales** de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
de la magnifica novela

¡RÍNDASE!

de la FOX (Oro de ley de la pantalla)

Por Warner Baxter, Leila Hyams, etc.

Esta semana, el formidable asunto

LA CALLE

Por Silvia Sydney, Estelle Taylor, William Collier (Jr.), etc.

Novela que nadie dejará de leer y recomendar!

Exija siempre las novelas cinematográficas de

EDICIONES BISTAGNE

Las mejores películas.—Los mejores artistas.

Las mejores narraciones.

Siempre

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. — BARCELONA

Precio popular: 1 pta.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18851 - BARCELONA
